

LA MUJER Y SU MUNDO

por M^a Dolores de la Fe

La alimentación empezó en el Paraíso Terrenal y fue muy simple: dieta a base de manzanas. Pero acarreó dos consecuencias imprevistas: el sudor para el trabajo masculino de ganar el pan, y el dolor para el trabajo femenino de tener hijos. (En lo que el varón salió beneficiado, ya que el sudor generalmente no duele).

Después la cosa se puso mas complicada: había que conseguir bichos, pero como no se había inventado el fuego, todo se comía en crudo y era un asco. Por eso, el primer sibarita inventó el fuego a toda prisa. Y otro sibarita más sofisticado todavía fue el que ideó el que la mujer cocinara y le trajera al mejor lugar de la cueva la chuleta de bicharraco asada en el exterior, para evitar las molestias del humo. Simple precursor de los actuales "barbecues", que algunos amantes de la pureza del idioma prefieren llamar "barbacoas", que suena a románticos tiempos de piratas. La mujer, que entonces todavía no sabía nada de nada y estaba mentalmente atando cabos para poder enterarse de qué relación podía tener una manzana con el dolor y el cocinar, obedecía sumisamente, hasta ver qué pasaba.

Cuando se acababa por un lugar la caza del bicharraco inmenso, se ponían en marcha hacia otro sitio, imagen que motivó el que, milenios más tarde, un poeta sueco llamado Göran Palm escribiera: "Nadie se dio cuenta del origen de la escultura" (La Larga Marcha).

Si vamos a ver, la alimentación y, sobre todo, la no-alimentación es lo que ha mantenido al mundo en jaque. Cualquier campaña contra el hambre en cualquier sitio, supone tal tonelaje de papel, tinta y mentes tratando del problema y haciendo estadísticas, que si fuera a invertirse su valor material en alimentos, asunto solucionado. Pero da la casualidad de que su valor espiritual no puede cotizarse en dólares, por desgracia.

La principal evolución del alimento tuvo lugar, por tanto, con la transición de crudo a cocido, -o chamuscado, según. Mucho más tarde, con la transición de crudo o cocido a congelado, la cosa también cambió, pero más bien a peor, ya que no sabe lo mismo, aunque digan que el alimento conserva todo su valor nutritivo. Donde esté una buena merluza vivita y coleando, que se quiten esos pedazos tiesos que ni siquiera huelen. Y quien dice merluza dice pollo o habichuelas.

De todas formas, a la gente le gusta alimentarse, al menos siempre que puede, y entonces se cayó en otro peligro: la gordura. Generalmente, por otro de esos misteriosos motivos que flotan siempre sobre la humanidad, el que come bien engorda. Y precisamente los mejores alimentos no son los que más nutren sino los que más engordan. Así que aquella casi ancestral lucha por el alimento se ha convertido para algunos en una lucha contra el no-alimento. Se va al médico por

desnutrición y por supernutrición, hay que ver qué cosas tiene esta vida.

En épocas de guerra, pensando seguramente que son debidas a la regresión momentánea de la hu-

La evolución la alimentación

manidad al periodo de la infancia prehistórica, salen a relucir las cartillas de racionamiento. En tales circunstancias, a todos nos dan una Cartilla como si fuéramos párvulos. Así que cuando la Alimentación se llamó Cartilla, para los íntimos, aquello fue la monda. Desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca, nadié hablaba de otra cosa que de Cartillas. Yo creo que si en lugar de traer las Cartillas aquellos cupones que decían "Aceite", "Café", "Azúcar", etc. hubieran traído el abecedario completo, a recortar y pegar en el álbum correspondiente, el problema del analfabetismo se hubiera resuelto simultáneamente con el del "reparto". Pero, qué le vamos a hacer... Al menos, sobrevivimos.

Pero el racionamiento tenía sus ventajas, aunque haya muy pocos que lo crean: una de ellas, es que constituía una especie de "suspense" social, que mantenía en vilo el interés ciudadano, hasta el punto de agotarse las ediciones de los periódicos cuyos vendedores vo-

¿ES CONVENIENTE QUE EL MARIDO VAYA AL SUPERMERCADO?

ceaban con tono emocionado: "¡LA PROVINCIA, con la lista del reparto!" El ciudadano se sumergía en las páginas del diario, mientras se preguntaba, taquicárdico: "¿Cuántos gramos de azúcar nos darán esta vez?" Otra ventaja que

on de ación

tuvo era que el cocinar no daba tanta lata como en los tiempos prehistóricos ni como ahora, cuando se dispone de tan abundante materia prima (con tan abundante materia de protesta, a la vista de sus precios ascendentes). Y de las tristes ventajas del estraperlo, ¿para qué hablar ya?

Hoy, la Alimentación se ha sofisticado de tal forma, que existen comercios dedicados a alimentar manías e, incluso, extrañas creencias filosóficas o religiosas. Algunos, hasta venden polen en frascos, cosa que yo considero como estafar a las abejas y a las flores. Y hasta a la Primavera, si vamos a ver.

Pero el Summum también ha llegado: se llama "Boutique de la Alimentación". ¿Puede pedirse más en la rama del refinamiento? "Delikatessen" y "Exquisitessen" (a precios astronómicos, por supuesto), pero muy directamente relacionadas con dos posteriores visitas indispensables: a la Sauna o al especialista en dietética. Si no, estamos perdidos.

Un marido, como todo ser humano, puede ser también portador de un carrito a través de las "intrincadas" selvas comerciales de un supermercado moderno. Además, ello no requiere atuendo especial, como cuando hay que ir a una boda, ni cara de "safari programado".

De todas formas, la primera vez que un marido novel pone su planta en terreno tan altamente peligroso para las finanzas domésticas, pone siempre también una cara muy especial, indescifrable de momento. Se siente extraño en tal ambiente, que olfatea inquieto como vemos en los documentales africanos. Piensa si no convendría disponer de un plano de la zona a explorar. Escucha con tensa atención las voces que salen de los micrófonos y que nada tienen que ver con él: tal vez espera recibir algún mensaje de otro naufrago en sus mismas circunstancias. Da muestras esporádicas de aturdimiento y siente un oscuro impulso de arrepentimiento, de abandonar el proyecto Apolo-Casado. El carrito, tan firmemente empuñado a la entrada, comienza a zigzaguear como un chiquillo en bicicleta. Tropieza con otros conductores de ambos sexos, no tan novatos. Rasga las medias de una señora que se creía veterana en esquivar carros de compradores noveles. Engancha involuntariamente la minifalda de una joven compradora, y se ruboriza intensamente... Llega un momento en que su mano tiembla cuan-

do intenta leer la lista de lo que necesitaba comprar y piensa que no sabe leer ya, que ni siquiera sabe español, que las etiquetas que caen ante su vista o están borrosas o vienen en chino...

Por ello, para alentar al marido en estos primeros de su vida supermercadorial, y proporcionarle ánimo y confianza en esos inevitables momentos de flaqueza, es muy conveniente que vaya acompañado de su mujer, como benévola Guía-Intérprete por esos dificultosos senderos de las compras, de las primeras. Después, ya se le puede mandar solo y podremos observar con satisfacción sus progresos. (Cuando yo escriba "El perfecto Casado", obra de urgente necesidad en nuestra literatura, los maridos podrán hallar entre sus sabias páginas un nutrido material informativo de gran utilidad).

Es bien sabido que la mujer, para la que eso de "las compras" fue siempre lo suyo, lo que disfruta intensamente, sea cual sea el posterior resultado de su monedero, se bandea por cualquier supermercado como por su propia casa. Selecciona instintivamente, sin necesidad de escuchar las tentadoras ofertas que formulan los micrófonos, aquellas que le convienen: las medias italianas, la oferta del día, la novedad de la llegada de un producto raro, etc. Las de-





más voces supletorias ("Almacén, nos quedamos sin hígado, envíenlo urgente, por favor") las descarta sin compasión, sin que su mente se angustie ante aquellos terribles significados que su marido poco entrenado cree encontrar en el mensaje que considera de película de actualidad.

Una vez realizado el aprendizaje conveniente, bajo la correcta dirección de la esposa, el marido entra en la fase de hallarse a gusto en el supermercado. Su adiestramiento alcanza en seguida cotas muy notables: ya es capaz hasta de distinguir rostros familiares entre las numerosas señoritas que atienden, por ejemplo la sección vegetal. Ya no se siente atacado de raros mareos ante las etiquetas exóticas, su

incipiente claustrofobia se anula y su paso va cobrando cada vez mayor firmeza, obedeciendo los dictados de su voluntad adquisitiva: por aquí sabe que se llega a "Té" y por allá conoce que alcanzará "Whisky". Llegará a tales extremos su familiaridad con todo el engranaje del "establishment" que, cuando la cola ante la Caja que cobra implacablemente los dispendios está bastante poblada, coloca su carrito en fila y vuelve por alguna otra cosita que se le antoja a última hora; o fuma amigablemente un cigarrillo charlando con un conocido desconocido que le resulta familiar a fuerza de encontrarse con él frecuentemente en las mismas tareas.

Ya no se siente más "Solo an-

te el peligro". Ah... pero entonces es cuando realmente comienza el peligro: el exceso de compras.

Comparando la esquelética lista redactada en casa, con la superabundancia del contenido de su carro, uno llega a exclamar (o por lo menos a pensar): "¡Milagro, milagro!" ¿Una nueva multiplicación de latas y botellas?"

Es que el marido ha caído ya en la fase de "complejo superado" (peligrosísima), en la tentación del capricho, en la adquisición innecesaria, pero ¡ay! tan atractiva... (Que con esa maquiavélica intención en la mente se inventó el Supermercado, qué duda cabe).

Aquella listita, aparentemente vulgar, que decía escuetamente: "Tomates, papas, aceite, vinagre..." se ha convertido, a la dura hora de pasar por Caja, en "Caviar, rare old whisky," comidas chinas, bombones con firma de modisto francés, fresas, un un chisme para embellecer el coche," algo de aspecto muy bonito pero que de momento ignora qué tendrá dentro, etc. etc..." (Pero, qué bien se ha pasado el rato, ¿verdad?).

Lo único que logra frenar un tanto la euforia adquisitiva del marido novel en estas lides, es cuando el "parque móvil" del supermercado se queda exhausto: al no haber carritos que conducir y tener que cargar con un cesto, se da la curiosa coincidencia de que el marido no sólo se atiene a la escueta lista redactada en casa, sino que, a poco que pueda, la reducirá en sus apartados más voluminosos. Y a lo mejor resulta que trata de disculparse diciendo: "No traje los cinco kilos de papas, porque engordan horrores, ¿sabes?"